

## COMUNIDADES E INTEGRACIÓN SOCIAL DESDE LA DANZA MOVIMIENTO TERAPIA

### Progresiones coreográficas e integración

Presentación en el marco del III Congreso Internacional de Danza Movimiento Terapia, Buenos Aires, 6 al 8 de noviembre del 2014

Buenas tardes: hoy no puedo estar aquí físicamente pero la generosidad de Maralia y la Asociación me han permitido poder compartir con vosotros y vosotras el siguiente material.

Se trata de una reflexión y video del trabajo con un grupo de jóvenes con discapacidad intelectual que llevo a cabo en la Asociación Junts en Acció (Juntos en Acción) en Cataluña, España. Esta asociación tiene como principales objetivos facilitar la práctica de actividad física a los chicos con discapacidad y aumentar la inclusión social de este colectivo. Dentro de este marco llevamos cuatro años realizando una sesión semanal de danza rítmica de una hora y quince minutos en la que utilizo diferentes recursos, entre ellos y, principalmente, la DMT. Cada año realizamos dos o tres salidas a diferentes eventos en las que mostramos una coreografía que surge del trabajo de las sesiones.

A continuación de este escrito veréis la última que bailamos y lo que voy a explicaros ahora es su proceso de creación, ya que en él está la base de cómo logramos comunicar cada individualidad y unirla en un todo que, a su vez, pasa a formar parte y a comunicarse con otras entidades. Para ello voy a explicar la evolución seguida en el tipo de coreografías realizadas durante estos cuatro años porque esa evolución supone y, al mismo tiempo, representa, el nivel, cada vez mayor, que hemos conseguido alcanzar en la expresión y comunicación de los chicos y su integración personal y social.

Recuerdo la primera exhibición que hicimos como si fuera hoy: hacía cuatro meses que trabajaba con el grupo y todavía no había conseguido contactar realmente con ellos, tampoco sabía cómo iban a reaccionar ante el público y en un lugar diferente al habitual. La coreografía que presentamos fue una danza con aros y gasas, enteramente pautada y aprendida de memoria. Bailábamos la monitora de refuerzo, una madre voluntaria y yo como modelos y los chicos nos seguían. Fue una experiencia positiva y aunque hubo momentos de todo tipo, olvidos y errores esperados, todos salimos contentos. Pero yo quería conseguir que los chicos bailaran, quería que cada uno pudiera aparecer con su esencia y su lenguaje, aportando algo propio al trabajo conjunto. La intención era crear un cuadro con los movimientos de todos.

El siguiente año me puse manos a la obra. Fui bajando el nivel de movimientos pautados respecto al primer año, en las sesiones y en la coreografía. Ahora los chicos ya tenían una paleta de movimientos de entrada mucho más amplia y podíamos empezar a indagar en los propios. El grupo se había consolidado y tenía entidad, los chicos empezaban a crear y el espejeo era cada vez más empático y menos repetitivo. Ese año presentamos una secuencia de sesión con gasas acompañados de la música de Amelie. Mostramos el llegar a la sesión, cubrirnos con la gasa, despertar; los primeros movimientos, plano medio y levantarnos. Movernos por la sala solos y en parejas, hacer una fila que se moviera como el mar, irnos a explorar otros mundos, bailar libres, pararnos como estatuas y caminar a cámara lenta hasta

encontrarnos en el centro para formar una estatua final. En esa coreografía teníamos el proceso como eje y tres formaciones en el espacio: la de inicio, una fila en el centro y la estatua final. El resto se completaba con el libre movimiento de cada uno y la interrelación del grupo. La primera vez que bailamos esa coreografía ante el público, al acabar, sentí una tremenda emoción de alegría. He bailado innumerables veces pero hasta entonces nunca me había sentido así: plena, en paz, como si todo el cosmos adquiriera sentido en ese preciso momento. Miré a los chicos y expresaban lo mismo; también las personas del público lo comentaron: “Se os veía tan felices bailando”. Comunicar, sin más expectativas, bailar, disfrutar y compartir. Desde ahí todo se integra y cobra sentido y desde ese día para mí salir a mostrar nuestras danzas es algo que surge desde el corazón, y el público lo percibe.

El tercer año nos propusimos integrar el espacio en la coreografía; hasta entonces el tránsito había sido bastante fortuito y me interesaba que los bailarines fueran dueños de él y supieran gestionarlo. Utilizamos cintas de gimnasia rítmica para trabajar y fue todo un hallazgo: el espacio personal ocupado por el cuerpo y por las cintas exigía el esfuerzo de ubicarse con plena conciencia. Bailamos un danzón muy alegre con cintas de colores y seis formaciones distintas fijadas en la coreografía, se transitaba de una a otra en ocasiones con movimientos pautados, en otras libres. Ese año incluimos varios de los ejercicios surgidos en las sesiones a raíz del trabajo dirigido o bien de improvisaciones, de los juegos y movimientos que salían de los chicos, fijándolos *a posteriori* e incluyéndolos en la danza final. Fue un paso grande en el proceso de control del movimiento que supuso que fueran mucho más conscientes del yo y del otro, del espacio individual y común y de cómo gestionar ambos.

Y por último la cuarta coreografía, la que vais a ver. Después de que cada uno gestionara su espacio físico y pudiera ubicarse en relación al entorno pudimos acercarnos al espacio imaginario, a lo simbólico y crear una coreografía basada en una historia ficticia con un inicio, desarrollo y final. Todo surgió de unas sesiones en las que trabajamos, interpretamos y vimos lo que no había e interpretamos personajes que no éramos. Hicimos pasteles con ingredientes invisibles, nos convertimos en palabras y sensaciones, pusimos movimiento a los objetos reales e inventados... Y un día nació una historia de un policía en un museo y sobre este tema aparecieron persecuciones, escondites, puertas falsas y enredos. Entrar y salir, el yo y el otro, ser visto y esconderse, moverse y parar... Fue un gusto superar la inicial barrera que supone el autismo para relacionar significante y significado; logramos recrear y hacer existir lo imaginario. Y acabamos danzando una historia de policías y ladrones definida por una serie de movimientos, juegos, ejercicios y dinámicas que ellos habían planteado en las sesiones; cada una de las propuestas de movimiento que veréis nace de los chicos. En esta coreografía, a diferencia de las otras, había momentos en los que cada uno hacía cosas diferentes. Nos lo permitió el hecho de traspasar el movimiento y dotarlo de un sentido más allá: todos sabían a quién representaban y qué estaban explicando, en qué banda se movían: en la de los policías, los ladrones o los guardias de seguridad. Eran un personaje y sabían qué hacer como tal, se pusieron en la piel de otro y se movieron desde allí. La complejidad de la coreografía para su tipo de discapacidad (rasgos autistas) era alta, pero no hubo ningún problema porque esa danza había nacido de ellos. Ellos habían creado los personajes, habían realizado todos los movimientos que luego yo me dediqué a tejer con un hilo narrativo, fiel reflejo de la primera historia que dio pie a todo el invento. Ese primer día que trabajamos con historias ficticias

alguien me dijo: “No lo conseguirán, es demasiado difícil”. Confié en que el movimiento podía seguir llevándonos a avanzar en el conocernos y expresarnos, y así fue.

Esta pieza la danzamos en cuatro contextos y espacios diferentes: como exhibición en una Competición de Gimnasia Artística Adaptada (para gimnastas con discapacidad), como participantes junto a grupos de danza muy variados, sin discapacidad, en el Día de la Danza del Instituto de Educación Física de Cataluña (donde se forman los futuros licenciados en deporte) y como exhibición en el Campeonato de Cataluña de Gimnasia Rítmica (para gimnastas sin discapacidad). La integración social que supuso cada una de estas salidas para los componentes del grupo es otro de los valores a destacar: en cada salida se movieron en espacios desconocidos, con público –a veces muy numeroso-, y rodeados de otros deportistas y participantes con quienes compartieron vivencias, nervios y situación. Teniendo en cuenta que las discapacidades de los bailarines de Junts tienen todas en común rasgos de espectro autista esto supone un gran logro para ellos y para el desarrollo, cada día mayor, de su capacidad de adaptación, autorregulación y un sinfín de beneficios más que no cito porque los conocéis de sobras.

Con esta coreografía como proceso, así como resultado y exhibición en diferentes lugares, creo que logramos conseguir una integración de diferentes lenguajes y entidades de forma muy significativa: el nuevo puente de comunicación entre la realidad y el movimiento, entre los componentes del grupo y también con las comunidades externas a ellos (familia, escuela, sociedad) en las que actualizarán todo lo vivido en su cuerpo danzante.

La danza que vais a ver lleva por título: “El robo de la pantera rosa”. Los bailarines son tres chicas y tres chicos (aquí faltaba uno) y tres adultas: dos monitoras de soporte y yo misma. El lugar donde bailamos es el Campeonato de Cataluña de Gimnasia Rítmica, un importante evento deportivo clasificatorio en el que las gimnastas sin discapacidad compartieron pista, presencia y visibilidad con este grupo. Los aplausos finales que se oyen son la banda sonora de la integración de varias comunidades mediante un lenguaje común: la danza y el movimiento.

Link a la coreografía:

<http://www.youtube.com/watch?v=fm9yASgbwY4>

Lorena Casal Valdés

Vilanova i la Geltrú

Octubre del 2014